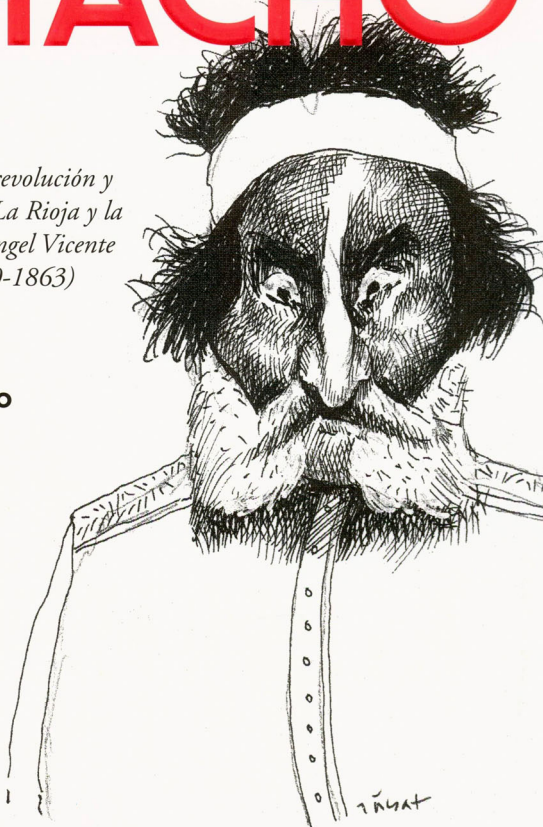


CHACHO

Medio siglo de revolución y guerra civil en La Rioja y la Argentina de Ángel Vicente Peñaloza (1810-1863)

Oscar Muñio



 Peudeba

Oscar Muíño es periodista y profesor en la Maestría de Comunicación Política de la Universidad Nacional de La Plata. Ha sido titular de Historia de los Medios en las universidades nacionales del Centro y de Lomas de Zamora, director de Programación del Ministerio de Salud y Acción Social de la Nación, subsecretario de Información Pública de la Presidencia de la Nación, subsecretario de Comunicación Social de la Secretaría de Cultura de la Nación y secretario ejecutivo de la Organización de Entidades Fiscalizadoras Superiores de los Países del Mercosur. Actuó como redactor en las revistas *Siete Días* y *Panorama*; fue secretario de redacción en *Confirmado*; secretario general de redacción del diario *Tiempo Argentino* y columnista en *El Cronista* y *Humor*. Desde 1990 trabaja en Radio Rivadavia. Es miembro de número de la Academia Argentina de Artes y Ciencias de la Comunicación. Ha publicado los libros *Buenos Aires, la colonia de nadie* (en Eudeba), *Los Días de la Coordinadora (1968-1983)* y *La Otra Juventud*.



PRÓLOGO

Todos los rasgos del caudillo. Alto, bien plantado, dueño de una fuerza hercúlea. Aguantador, nunca una queja ante el dolor o el infortunio. Tiene poco y de nada es dueño; sus propiedades de ganadero modesto están al servicio de los paisanos. Tolerante con los cuatrerros, comprensivo hasta con los homicidas del amigo íntimo, misericordioso con sus prisioneros.

Productor vacuno, criador de caballos, jugador de naipes, amante de las carreras. Juez inapelable de problemas domésticos, demarcación de fincas, propiedad de vacunos, y discusiones maritales.

Líder de las montoneras que sacuden polvaredas, combatiente valeroso que no pide a nadie una valentía que él mismo no exhiba.

Jefe de guerra y de paz, Peñaloza encarna al jefe criollo a punto de extinguirse, barrido por la modernización que no le gusta, por los valores materiales que no le importan, por la tecnología de la que desconfía.

Una autoridad antigua, un líder tradicionalista que vive con los suyos y los defiende de los poderosos, sean terratenientes ávidos de tierras y ganados, jueces de paz que codician mujer ajena o un Estado lejano que amenaza sus costumbres, su economía y su alma.

Es hombre de su pago. Pero su pago no es sólo Tama, ni Guaja, ni siquiera sus llanos riojanos. Su espacio se mete en las quebradas puntanas, hiende las sierras cordobesas, zigzaguea las alturas riojanas, penetra los valles catamarqueños y las cuevas sanjuaninos. Es la encarnación del oeste árido, del desierto y las montañas, de las pocas aguadas y las muchas secas.

Chacho conoce de memoria sus montes y bosquesillos, los fangales y polvaredas, los ranchos y los escondrijos, los nombres de las mujeres de sus soldados. Por eso golpea y escapa en diez campañas militares contra los ejércitos más poderosos del país.

Es hombre de su pueblo pero no es un hombre de su tiempo. El ferrocarril y los bancos, el mundo de los negocios y la exportación, la mano de obra asalariada y el capital sin cara, la técnica y la modernidad, son ajenos a su alma. Tampoco desea conocer el espíritu del cambio, ese mundo amenazante que parece querer entrometerse y sacudir el tranquilo purgatorio de los días circulares, iguales a sí mismos, de los pueblos pastores.

Paradojas de un cambio de época. Lo que se va, jerárquico e inmutable, resiste aferrado a costumbres que llevan siglos, a labores artesanales barridas por la producción en serie, a un ciclo que parecía interminable pero se va extinguiendo, incapaz de avanzar hacia el cambio, de aceptarlo, de adaptarlo.

Esas tierras se levantan, altivas, en defensa imposible de hábitos condenados. Pero concentran la voluntad de esas masas rurales que resisten —sin armas ni logística, sin dinero ni Estado— la

organización implacable de los nuevos medios de producción, con sus ingenieros y sus financieristas, con su orden, sus rutinas y la organización maquinales de sus ejércitos. Ese mundo que está llegando y que promete la prosperidad para todos, es incapaz de conquistar la voluntad política de las mayorías.

Las masas de las provincias interiores son impotentes para enfrentar el futuro. Fieles a sus líderes y a tradiciones que se hundieron en el pasado virreinal, se limitan a una lucha tenaz contra el progreso que amenaza el único estilo de vida que conocen. No quieren ni pueden ni imaginan construir un futuro alternativo al que le ofrecen los doctores de ciudad, los grandes hacendados del litoral y Buenos Aires. Eso sería aceptar el cambio.

La vida de Chacho atraviesa medio siglo de historia argentina.

La primera década autónoma, iniciada con la Revolución de Mayo, marca la hora de Buenos Aires. Pone el ejecutivo nacional, las primeras tropas, los gobernadores e intendentes, sus ejércitos vigilan la selección de diputados. La leyenda lo ve en los ejércitos que, por orden de San Martín y Belgrano, cruzan la cordillera y toman Copiapó. El año veinte lo encuentra abanderado. Cabalga como capitán de Facundo Quiroga en sus victorias sobre Lamadrid y en sus derrotas frente al general Paz. Lo recuerdan capturando a lazo un cañoncito de sus enemigos, o herido de gravedad en Tucumán.

Lograda la victoria, el precio ha sido alto. La guerra de liberación, como siempre, trae la autonomía a costa de pobreza y luto. Las provincias litorales son las primeras en rebelarse y aplastar el poder porteño. De paso, disuelven toda institucionalidad de alcance global. No quedan gobierno central ni ejército nacional en 1820.

La modernidad institucional y laica de Rivadavia es derrotada por las montoneras de Facundo, en las que cabalga Chacho. La técnica europea del general Paz pone límite a los jinetes de diez provincias que acompañan a Quiroga. Pero Paz cae prisionero y el otro jefe unitario, Juan Lavalle, archiva los reglamentos sanmartinianos y se convierte él, un hombre del partido de las luces, en un jefe montonero de poncho celeste. No le molesta a Peñaloza pelear junto a ese Lavalle tan criollo. Comanda sus llaneros con el *Zarco* Brizuela y la Coalición del Norte. Juntos se le atreven a Rosas. ¿Cómo puede enfrentar Chacho al Restaurador? ¿No es Rosas el gobernante más tradicionalista desde 1810? Rubio, fornido y de ojos celestes, productor agropecuario y respetuoso de las costumbres, todo parece asemejarlo al Chacho. Pero si Rosas es un tradicionalista social, en lo institucional resulta demasiado autoritario: defiende las viejas verdades virreinales y exige una obediencia absoluta al poder.

En materia económica Rosas es el impulsor —exitoso por cierto— de la vinculación de los estancieros, convertidos en nueva clase dominante, con el mercado mundial. Consolida el libre cambio y estimula con entusiasmo la división internacional del trabajo; la Confederación adopta el rol de proveedor de materias primas (cueros, carnes, sebo, astas) a cambio de mercaderías inglesas. Tales productos industriales arruinan al interior.

Peñaloza tiene varios motivos para combatir a Rosas. Uno es económico: el libre ingreso de productos industriales hechos en serie, muchos más baratos que los que pueden producir los artesanos de las provincias interiores. El segundo es la concentración de riqueza en la aduana porteña, que nada deja para el resto de la Nación, salvo ayudas discrecionales para disciplinar a las provincias amigas y atemorizar a las díscolas. Finalmente, Chacho encarna el espíritu libertario de un modo de producción primitivo pero flexible. No le gustan los reglamentos de trabajo,

los horarios de funcionamiento ni la obediencia servil que exige la conducción rosista. Peñaloza será siempre un luchador de la libertad. No se sabe que haya obligado a nadie a sumarse a sus filas —como sí hacen casi todos los jefes de ambos bandos—. Hombre libre, quiere que los demás decidan por sí.

Por fin, Peñaloza es partidario de la organización republicana. Ha mamado la pasión de Facundo por una Constitución. Por ella ha peleado con Quiroga, por ella enfrenta a Rosas, por ella combate junto con Lavalle y Lamadrid. Ambos, además, son soldados de enorme valentía personal probada en más de cien batallas. Un coraje indispensable para conquistar la lealtad de hombres como Peñaloza. Durante toda su vida defiende el principio de la institucionalización del Estado. Chacho, un caudillo, confía en la creación del Estado de derecho. Y combate para instaurarlo.

Es perseguido por los generales Oribe y Pacheco, por el fraile Aldao y por Benavides. El exilio en Chile y dos intentos fallidos lo hacen volver, ya sin armas.

La siguiente etapa de la vida de Chacho es la de seguidor de Nazario Benavides, *el caudillo manso*. Benavides ha sido uno de sus rivales más encarnizados durante las campañas de 1840-41, el artífice de su derrota y exilio a Chile. Pero lo recibe con los brazos abiertos cuando Peñaloza, harto del exilio, promete *portarse bien* si lo dejan volver. Benavides es uno de los pocos gobernadores rosistas que tolera a sus adversarios (ha salvado la vida de su enemigo Sarmiento). Con el gobernador sanjuanino, Chacho perfecciona lo que siempre ha practicado: la falta de rencores, la aversión por las persecuciones, la propensión a perdonar sin castigar.

Justo José de Urquiza es, tal vez, la figura más admirada por Peñaloza. Gana su corazón cuando derrota a Rosas y hace realidad la Constitución Nacional. Por ella ha peleado Chacho junto con Quiroga, con la Coalición del Norte, con Lamadrid y con Lavalle.

Una y otra vez Peñaloza dirá a Urquiza cuánto aprende de sus cartas —nunca se conocieron—, cómo celebra su triunfo contra Rosas, cuánto se enorgullece de la llegada, después de cuatro décadas largas, de la anhelada Constitución Nacional. También recibe reconocimientos y honores que lo llenan de orgullo y pudor: designado coronel mayor del Ejército Confederado, Chacho queda sin palabras por una distinción que considera por encima de sus méritos.

Coronel mayor del Ejército Confederado, hombre clave en el poder de la Rioja, de San Juan, de Catamarca, con influencia en Córdoba y San Luis, Peñaloza queda aturrido después de Pavón. Es el más importante de los generales urquicistas que sigue peleando. Cuando la Confederación se disuelve, Peñaloza pega el último grito en defensa de un Estado que ha dejado de existir y en nombre de un jefe —Urquiza— que ya no quiere combatir. Las últimas campañas de Chacho demuestran la inalterable lealtad de sus seguidores, el valor indómito de sus capitanes, la incompreensión sobre el nuevo mapa político y la imposibilidad de advertir que la nueva Argentina que trae Mitre es imparables con la única fuerza de los jinetes montoneros.

Promueve la organización del Estado, pero también la resistencia al mundo que viene llegalo. Será el caudillo más veterano que se mantiene en armas, cabalgando y combatiendo.

Es el señor de los Llanos. El heredero de una caballería que hace prodigios durante medio siglo, y cuya decisión combativa va mucho más lejos de la pobreza de la estructura económica en la que vive.

La Argentina vive tiempos homicidas. Todos los caudillos que Peñaloza acompaña han de caer asesinados: Facundo, Lavalle, Benavides, Urquiza. También el Chacho sufrirá una muerte violenta.

Sus aliados (Lavalle, los urquicistas) lo elogian siempre, destacan su valor, la lealtad de sus huestes. Nunca una acción deshonrosa, un acto violento, una torpeza.

El Chacho era, parece, analfabeto. Se conocen unas pocas cartas, escritas por cambiantes secretarios que van dejando, cada uno, su propio estilo.

Si los suyos lo admiran, qué decir de sus perseguidores. A Peñaloza se lo entiende aún más siguiendo los escritos, proclamas, cartas y partes de guerra de sus enemigos. Los unitarios primero, los rosistas después, el mitrismo al final.

El profundo odio que guía las guerras civiles argentinas no lo ensucia. Nunca se lee –a pesar de los adjetivos que buscan dañar su figura– un solo acto de brutalidad del Chacho, un degüello o tormento contra sus prisioneros. Persigue y apresa a los bandoleros que han asesinado a su íntimo amigo Martín Yanzón, ex gobernador de San Juan. Los reta, los obliga a rezar por la víctima y a enterrar su cadáver. No los mata. Ni siquiera los encarcela. No es hombre de venganza en tiempos de represalias brutales.

Peñaloza enfrenta a jefes impiadosos. Pelea guerras sin esperanza contra los dos gobernadores porteños más poderosos del siglo, Juan Manuel de Rosas y Bartolomé Mitre. Dos jefes de partido que forjan una Argentina a su imagen. Curioso, sus enemigos han estado mandados por orientales: Oribe en tiempos de Rosas, Paunero en época de Mitre.

Hernández y Sarmiento, las dos grandes plumas del siglo, dedican sus propias biografías al Chacho. Una lo glorifica, otra lo maltrata.

José Hernández verá en Chacho “uno de los caudillos más prestigiosos, más generosos y valientes, que ha tenido la República Argentina”.

Para Sarmiento el Chacho es apenas “el jefe notorio de una banda de salteadores”. Aunque termina admitiendo que “alguna cualidad verdaderamente grande debía de haber en el carácter de aquel viejo gaucho”.

El más leído de los gauchescos, Eduardo Gutiérrez, también crea una biografía novelada donde lo presenta como un héroe romántico. Otro gauchesco, Olegario Andrade, le dedica versos emotivos que denuncian a sus asesinos: *¿Qué importa que se melle en la garganta / la cuchilla del déspota porteño?*

La reconstrucción del mundo del Chacho remonta a aquellos valores, creencias y costumbres de una época ya lejana. ¿Cómo es la vida hace ciento cincuenta años? Un mundo premoderno. Sin telégrafos, trenes, ni siquiera rutas transitables. La comunicación se logra a través de las lentísimas carretas –que en dos viajes quedan inservibles– o en pesados landós y diligencias, a caballo o mula. Un sistema de postillones para la correspondencia –que organizan dos catalanes– lleva y trae cartas que pocos pueden escribir; el franqueo no es barato y la mayoría permanece analfabeta. Las personas casi no abandonan su terruño: viajar es caro, difícil, peligroso. Peñaloza nunca se verá cara a cara con su admirado Justo José de Urquiza. Más aún: morirá –aunque Hernández dice que acompaña a Quiroga al Plata después de la derrota de Oncativo– sin ver el litoral, Paraná, Buenos Aires, el Río de la Plata.

En cambio, conoce hasta el último recoveco de sus llanos y sus cerros, la huella de sus desiertos, las picadas inaccesibles. Ha combatido en media docena de provincias desde tiempos de Facundo y conoce el nombre de los paisanos en cada rancharío, en las montañas, las sierras y el desierto, en las aguadas y los valles. Su cuartel general late en los Llanos pero los fuegos encienden toda La Rioja, San Juan, Catamarca, Mendoza, San Luis, Córdoba.

Hasta los extranjeros se ocupan de este criollo. “El gran caudillo del oeste”, lo llaman los irlandeses Mulhall en *Handbook of the River Plate* (los hermanos Mulhall dirigen el prestigioso *The Standard* de Buenos Aires, fundado en 1861).

Y donde hay un británico, se encuentra un francés; el sabio De Moussy ve en Chacho “el ídolo de las masas populares de la provincia y sobre todo de los llanistas, con quienes comparte la vida y los juegos. Su carácter dulce y afable; si lo aleja de Quiroga, le atrae, sin embargo, numerosas simpatías. Hasta fines de 1863, época de su muerte violenta, Peñaloza ha sido el personaje más resonante (*bruyant*) del oeste de la República Argentina”.

Chacho es, para su biógrafo Fermín Chávez, “el protector de los gauchos mataderos del oeste argentino, en momentos de la marginación de comunidades que se resistían a entregar sus formas de vida y sus bienes materiales y espirituales al invasor”. Para Dardo De la Vega Díaz, “el espíritu de la tierra, la voz del llano y de la montaña”.

Félix Luna acaricia su dimensión ambigua “¿Qué nos queda? –se pregunta– Un paisano iletrado, un jefe militar de pésima fortuna, un gaucho pintoresco pero de ningún modo excepcional”. De inmediato, Luna devela la otra cara de la fama: “ese criollo que no se entrega, que no transa, que no se rinde, que sigue hasta la muerte la línea de lo que cree su deber”, porque “en la Argentina de 1860 el Chacho era, sin duda, una expresión del pasado. Frente al progreso indetenible, el desprecio criollo por la máquina, la técnica y el trabajo asalariado”.

Las rebeliones del Chacho alumbran la resistencia que, con eje en los llanos y estribaciones en las zonas vecinas, simboliza el empobrecimiento de los pueblos andinos. La revolución de 1810 ha cortado sus lazos comerciales con el Alto Perú y con Chile. La economía abierta por Buenos Aires al mercado mundial arruina la economía artesanal del interior. Sin producción capaz de incorporarse a la globalización, perdido el mercado interno, sólo queda una vida de subsistencia con el ganado y los cultivos escasos.

Rosas y Mitre, finalmente, defienden desde muy distintos puntos la eterna causa de Buenos Aires. No es casual que, después de Caseros, la flor y nata del rosismo se abraza con sus vencedores para enfrentar, juntos, la amenaza que supone Urquiza, las acechanzas de una Confederación sin la conducción porteña.

Peñaloza carece de opciones para el país que viene, que está llegando con ferrocarriles y bancos, con inmigrantes y asalariados, con fábricas, rutinas y procedimientos del capitalismo triunfante. Bravo Tedín ve en Quiroga y Peñaloza defensores de “un estilo de vida y las economías regionales”. Pero sin alternativa al inminente futuro que está cambiando los modos de producción y sociabilidad.

Chacho conoce sus limitaciones: se las repite con humildad a Justo José de Urquiza, le admite que aprende de él. Por eso, siempre abraza una causa cuyo liderazgo ejerce otro. Una conducción que arranca con claridad en Quiroga, sigue más difusamente Brizuela y, después de la muerte del *Zarco*, continúa con Juan Lavalle y Gregorio Aráoz de Lamadrid, dos generales unitarios que han sido héroes de la independencia. Finalmente, será hombre de Nazario Benavides, el *caudillo manso* que desde San Juan gobierna el Oeste. Por fin, Chacho deposita una confianza ciega en Urquiza.

Para Peñaloza, dos conflictos atraviesan a la Argentina. Uno, el de la organización institucional contra los que se oponen a una Constitución. Otro, el que enfrenta al interior con Buenos Aires. Peñaloza ha sido leal a esos principios: ha impulsado esas banderas desde los tiempos de Quiroga.

Tal vez Chacho no advierte que la Argentina no se ha partido en dos sino en tres: entrerrianos y correntinos compiten por entonces con Buenos Aires, disputan su hegemonía en el comercio exterior y la concentración económica. Pero esa disputa no desafía el sistema económico dominante, basado en las exportaciones de cueros y otras materias primas al mercado europeo. Urquiza, representante exacto de esos intereses, no busca cambiar esa estructura, sino renegociar a favor del litoral algunas de las ventajas que retiene la capital.

Los ganaderos litoraleños consideran al interior profundo parte subordinada de su alianza, sin que les preocupen demasiado sus propias demandas, más allá de palabras de comprensión para sostenerlas atadas a su proyecto.

Las provincias interiores, sin producción ni infraestructura, sin puerto ni finanzas, son impotentes para terciar en la lucha en la defensa de sus propias, específicas demandas.

Chacho tiene 67 años cuando es asesinado: “era viejo, estaba gastado”, resume Bravo Tedín.

Si un hombre se mide por sus amigos y por sus líderes, también dicen mucho de él sus enemigos. Pelea contra los grandes: Rivadavia y el *Manco* Paz, Juan Manuel de Rosas y el general Pacheco, Bartolomé Mitre, Sarmiento y Paunero. Su asesinato desencadena una crisis política, la indignación periodística y el luto de sus seguidores.

A un siglo y medio de su desaparición, acaso sea tiempo de renovar su legado: la defensa de aquellos argentinos excluidos de la toma de decisiones, del protagonismo y de la esperanza. También un grito en defensa de la organización institucional, la tolerancia con el adversario y la autonomía de cada mujer y hombre, sin que importe su condición social ni poder económico. El recuerdo que no es deseable: la implantación forzosa de un régimen político, económico o social en contra de la voluntad de los pueblos.

El general de las causas perdidas. Nunca triunfador, jamás vencido, Ángel Peñaloza pelea por los suyos largas campañas que no puede ganar.

Combate junto a jefes prestigiosos: Quiroga, Lavalle, Benavides, Urquiza. Enfrenta, lanza en mano, a los gobernadores porteños más poderosos del siglo: Juan Manuel de Rosas y Bartolomé Mitre. Ambos siguen contra él persecuciones de exterminio.

Todos, aún sus enemigos, reconocen en Peñaloza un hombre de bien. Nadie lo acusa de haber torturado ni ejecutado a los vencidos en los tiempos que todos lo hacían.

Sarmiento y Hernández, las dos grandes plumas del siglo XIX, dedican sus propias biografías a Peñaloza. Hernández ve en Chacho “uno de los caudillos más prestigiosos, más generosos y valientes que ha tenido la República Argentina”.

Hasta Sarmiento, su adversario implacable, termina admitiendo que “alguna cualidad verdaderamente grande debía de haber en el carácter de aquel viejo gaucho”.

Las guerras del Chacho remontan a valores, creencias y costumbres de una época ya lejana. Un mundo sin telégrafos, trenes, ni rutas transitables. Un tiempo en el que la Argentina interior se ve sometida a la tensión del mayor cambio político, económico, demográfico, cultural e institucional de su historia.

